

DE NUESTRO ESPÍRITU Y DE NUESTRO AMBIENTE

Tecnicismo y filosofía

He dejado pasar algún tiempo antes de hacerme cargo de ciertas protestas que provocó en algunos de mis mejores amigos y compañeros en la lucha por la cultura, mi artículo «Papeletas á la alemana», aparecido en este mismo semanario, en su número del 5 de Diciembre pasado.

Parece ser mi sino esto de no ir mucho tiempo concorde del todo con un grupo cualquiera. Y es que soy rebelde á toda consigna. No comprendo que treinta hombres suscriban treinta artículos de fe. Ni menos que por disciplina de escuela haya uno de callarse ciertas cosas.

Me apena, por otra parte, la hipersensibilidad de que sufren aquí en España muchos, los mejores, contrastando con la anestesia de los más, del pueblo en general. Diríase que unos cuantos se sienten obligados á indignarse por lo que los demás no se indignan. Y como esos cuantos suelen ser los que más valen, creo que no estaría de más que templasen su indignación con algo de serenidad. O acaso con algo de humor.

El humor en ámbitos morales como el nuestro, hoy es un gran derivativo. Le impide á uno cocerse en su propia sangre enfriada. El humor es un desahogo. ¿Habría surgido acaso el *Quijote* sin el humor que templó la sangre espiritual de Cervantes?

Mas vengamos á lo que yo decía en aquella mi pecaminosa pequeña elucubración sobre eso de las papeletas á la alemana. ¿Las condenaba? No. Como no se me ha ocurrido nunca condenar ni aun la erudición—que es muy otra cosa que la filología—y eso que me es muy poco simpática. Mas creo que sé poner la razón y la justicia sobre mis simpatías y antipatías. Porque no me conmueve la música, y hasta la tengo miedo como á la morfina, no se me ocurriría nunca suspender un concierto, aunque pudiese hacerlo.

Sí, las papeletas á la alemana y el tecnicismo filológico están bien, muy bien, pero...

Declame José Ortega Gasset en una de nuestras conversaciones últimas que lo característico de la cultura alemana, de esa *Kultur* á que he hecho tantas veces blanco de mis chanzas, no es precisamente el especialismo ni la técnica, sino la filosofía. Que cualquier especialista alemán, el más especificado, el más técnico y más tecnicista, lleva implícita una concepción total filosófica, lleva una filosofía, que ó aprendió costosamente, ó la ha absorbido, por así decirlo, en un ámbito intelectual filosófico. Y creo que tiene razón. Y que esa es la verdadera fuerza de la *Kultur*, piense uno lo que pensara del espíritu filosófico que la informa.

Sí, conozco obras alemanas muy específicas, muy técnicas, en que para nada se habla de principios generales filosóficos, en las que no hay metafísica expresa, y que están, sin embargo, henchidas de jugo metafísico. Más, mucho más que los libros que sobre filosofía aquí se escriben, y en los que, por lo común, no hay ni el más leve sentido filosófico.

Benedetto Croce, en el apéndice bibliográfico de su *Estética*, al juzgar la *Historia de las ideas estéticas en España*, de nuestro Menéndez y Pelayo, escribe estas palabras: «Menéndez y Pelayo se inclina al idealismo metafísico; pero parece querer acoger algo de los otros sistemas, y hasta de las teorías empíricas; y la obra sufre, á nuestro parecer, de esta incertidumbre del punto de vista teórico del autor. Lo que me parece muy justo. Porque Menéndez y Pelayo no tuvo nunca una convicción filosófica, ni siquiera un sentido filosófico, siquiera escéptico ó dialéctico. Todo aquello del vivismo no pasaba de ser una fantasía entre literaria y patriótica. Y si no tuvo ese sentido no fué por diletantismo—el diletantismo es algo muy respetable—ni por literatismo; fué, creo, por cobardía espiritual. Tembló siempre de asomarse á la boca de ciertos abismos; se arredró ante ciertos problemas. Y así se daba el caso de que para él la mística, y hasta la religión, no parecía ser más que otro género literario y que escribiese sobre el misterio de la eucaristía como fuente de inspiración de los autos sacramentales en una prosa elocuente, sí, pero en la que se nota la falta de aquel calor íntimo que le comunicaría un creyente en la eucaristía que frecuentase el sacramento de la comunión.

Entre algunos de aquellos que se han dolido de mis chanzas á las papeletas á la alemana, es frecuente el hablar de la endebles íntima de la crítica de Menéndez y Pelayo. Y esta endebles no dependía de su técnica; dependía de aquella su incertidumbre de punto de vista filosófico. Aquella especie de escocosismo á la catalana que sacó de Barcelona, de Llorens y de Milá y Fontanals, aquella pseudo-filosofía á ras de

tierra—en la que no cabe elevarse mucho más que se elevó Balmes, y fué bien poco—no bastaba para fundar una crítica sólida y fecunda. Era un sistema de escamotear los problemas.

Pues bien, á la nueva escuela crítica y filológica que ha sucedido á la de Menéndez y Pelayo, derivada en gran parte de la de éste, dígame lo que se quiera, puede ocurrirle, lo mismo y por la misma causa, por falta de certidumbre en el punto de vista filosófico. Y no sirve traer y adaptar las papeletas y la técnica de la investigación de la *Untersuchung* si no se trae ó no se saca de dentro un criterio y un espíritu filosóficos, expresos y no sólo implícitos, que las informe.

Y no quiero decir nada de la otra erudición, de la de los comentaristas, más ó menos ingeniosos y más ó menos leídos, que no sólo carecen de formación filosófica, sino que la desdennan, ó por lo menos temen meterse en honduras de donde presumen habrán de salir con jaqueca y con los pies hechos un puro sabañón. No, no pongo á estos bibliófilos al nivel de aquellos honrados investigadores.

Sí, le tengo miedo, le tengo mucho miedo á la técnica cuando viene sin raíces.

Es una escuela de humildad y de veracidad, lo sé. Pero me temo que se convierta en otra forma de jugar al tresillo ó de hacer solitarios, en otra forma de pereza espiritual. En otra rutina.

He oído quejarse á alguno de los jóvenes sometidos á esa rigurosa disciplina. Y si le oyese á un novicio de una orden monástica quejarse de los ejercicios ascéticos á que se le somete, supondría que no tiene fe ni vocación alguna.

Y si esos jóvenes carecen de fe y de vocación para la ciencia, es ante todo y sobre todo porque no se ha sabido mostrarles cuál es el paraíso á que la ciencia lleva, cuál es la finalidad de ésta, porque no se ha sabido darles filosofía. Nadie atraviesa con fe y resolución el desierto si no se le ha dado antes una visión de la tierra de promisión. Porque eso de encontrar placer en la investigación por la investigación misma, eso de deleitarse en la caza técnica de pequeñas verdades, eso es algo tan patológico como matar el tiempo haciendo solitarios con la baraja. Cuando no es un opio para matar profundas penas. Y esto no puede pedirse á un joven.

En una novela cultural, *Amor y Pedagogía*, puse hace años en boca de un personaje de ficción la especie de que el fin del hombre es la ciencia, y el de la ciencia catalogar el universo para devolvérselo á Dios en orden. Si en nos hace creer que Dios nos pagará este trabajo, acaso ello baste para meter filosofía, y hasta religión, en el papeleto técnico. Madrid, 30. I. 15

